

El cuento de las zonas de influencia

Había demasado algún rotativo inglés, al que no le falta cora en París, de vascos, de catalanes, de gallegos, de valencianos y de castellanos. Claro que España es un conjunto de nacionalidades. Claro que nosotros mismos nos hemos reconocido mutuamente hechos diferenciales. Claro que, bajo la plena soberanía de la República y bajo el signo de una unidad española, preexisten las autonomías. Pero no menos cierto que formamos un conjunto que se entiende hoy mejor que nunca porque los elementos que lo componen han sabido, con la República, respetarse y comprenderse. Decimos esto porque sospechamos de ciertas intenciones y será bueno advertir a tirios y troyanos que los españoles nos salvaremos unidos, porque la unión ha sido, es y será base de nuestra fortaleza. Gustan demasado los poderosos consejeros británicos de repetir estas tres fatídicas palabras: «Zonas de influencia». Muy a propósito para la Tanganyika y hasta para Marruecos; pero de ninguna manera para España. Enténcese los de allí, porque les hace falta.



DIARIO SOCIALISTA DE LA MAÑANA

Órgano del Partido Socialista Obrero Español

Año II — Núm. 573 — Valencia, lunes 28 noviembre de 1938 — Precio: 25 céntimos

Ante el ambiente que esperaba encontrar en París, von Ribbentrop ha considerado muy prudente aplazar su visita

EVOCACIÓN

LOS MADINAVEITIA

Mientras un diestro albañil tallaba el nicho donde se había depositado el cuerpo de don Juan Madinaveitia, el administrador del cementerio de Las Cortes me refería la anomalía febril de estos tiempos: «No damos abasto construyendo nichos, a pesar de que, con frecuencia, se utilizan para más de un cadáver. Hace poco, durante el velatorio de la madre muerta, una bomba de aviación cayó en la estancia y mató a la familia entera, y los restos de toda ella, diez personas despedazadas, se esparcieron en un solo nicho...» Pero yo apenas si prestaba atención al maestro relato. Sentía removerse dentro de mí un período ya lejano de mi vida, evocado por el fallecimiento del viejo amigo.

Sin proponérmelo, yo había hecho variar el rumbo de un Madinaveitia, de Pepe, médico también, como su hermano don Juan, y él, a su vez, violentando mis deseos, me lanzó a la vida pública. Las cosas ocurrieron así...

El año 1901 a 1902 los socialistas bilbaínos decidimos festejar con un banquete cierto triunfo electoral de nuestros correligionarios. La semita se celebró al aire libre en el pequeño jardín, iluminado con farolillos, del restaurante de Echinosarri, en los barrios altos de la villa. Hubo allí dos comensales extraños al Partido: Tomás Meabe y José Madinaveitia, ambos afiliados al nacionalismo vasco, y unidos, además, por vínculos de gran amistad personal a Sabino de Arana y Goiri, iniciador de este movimiento político. Al día siguiente, redactada por mí, apareció en un diario local la noticia del festín nocturno, con el detalle de la concurrencia de Madinaveitia y Meabe. No pude calcular el efecto de tan simple noticia. El escándalo en Bilbao fue enorme. A Madinaveitia, que acaso tenía la mejor consulta, se le desahondó la clientela, y la brillante holgura de su vivir se trocó con presiones en angustiosos estrecheces. ¿Cuántos días la venta de un tratado de Medicina o de un microscopio, efectuado en la calle por el mozo del laboratorio, frunciendo los suspirios, aseguraba la yunta médica y servidora en aquella casa por donde antes desfilaba la incipiente aristocracia vizcaína?

Madinaveitia y Meabe, abandonando el nacionalismo, ingresaron en el Partido Socialista, donde les llevaban ya sus inclinaciones, y en la consulta del primero los socialistas fueron sustituidos por los obreros, a quienes «Madinaveitia» — ejemplo de desprendimiento y de generosidad —, además de no cobrarles, les daba, cuando lo tenía, dinero para comprar las medicinas. Tomás, con la pluma, y Pepe, con la palabra, se entregaron ardorosamente al proselitismo, y la cárcel fue para ambos el más habitual albergue.

Pocos años después, en abril de 1911, verificábase en Bilbao elecciones a diputados provinciales. Las profundas discordias entre republicanos y socialistas habían ensangrentado más de una vez las calles de la villa. Pepe Madinaveitia trabajaba, con aquella su portentosa tenacidad, para poner fin a la desavenencia. El éxito iba a coronar su empresa. Habría en las elecciones candidatura de coalición republicano-socialista. Por anteversión de las Agrupaciones Socialistas del distrito se me designó candidato. Cuando me lo notificaron me apresuré a escribir una carta renunciando. Por entonces yo era un hombre furioso — me lo dirán los que me conocieron —, pero a una vez las cosas se aclararon, me acordé de la huera limitación de mis relaciones personales. Garibay, que trabajó mucho tiempo conmigo, me llamaba «el socialista», la socialidad caritativa, para mí — y sigue creyéndolo —, de poderosos atractivos. En la redacción de «El Liberal» teníamos a Manuel Arana-Castellanos, modelo de personas sociables, y a quien yo denominaba «distribuidor de sonrisas». Al defenderme contra las constantes y carinosas inculpaciones de aquellos amigos, sostenía yo que una co-

sa es tener indulgencia con los mantecados y otra muy distinta — y para mí inadmisible — a los que son sonrisas y hasta fingir que se les admira.

La vida pública, con su odiosa obligación de estar siempre en escena, me horrorizaba, y por ninguna clase de razones había de entrar yo en ella.

Madinaveitia, interesado en la carta de renuncia, vino a verme, esperó una tregua en mi trabajo y me llevó con él a cenar. Me acuerdo, como el se hubiera desahogado ahora mismo, de aquella entrevista, a solas los dos, en un comedero del restaurante de los Fueros. «Madinaveitia comenzó por darme la razón; no les faltaban fundamentos a mis excusas, apreciaba todos los inconvenientes que en diversos órdenes tendría para mí la elección...» pero no se debía pararse en ninguno de ellos, por ser imposible que yo resultase triunfante en las urnas. Sólo se trataba de dar mi nombre para la candidatura, a fin de que la coalición resultase efectiva y cordial, cosa, a su juicio, imposible si me reemplazaba quien me seguía en la antevotación: Fausto Pérez, malquistado de los republicanos. Y empezó a bajar cifras de los censos electorales, sumando y restando. Parecía evidente que yo no se le diera. Únicamente se pretendía de mí que yo no negara mi nombre y que participara en algunos actos de propaganda.

«Bien poca cosa», «Madinaveitia me convenció. Sacó mi carta de su bolsillo y la rompió. Me avisó a ser candidato, en la seguridad de que la derrota me liberaría de tomar camino por las sendas empinadas de la socialidad. Pero la victoria me encadenó en abril de 1911 a la vida pública, de la que hasta ahora no he podido desahogarme, a pesar de haberlo intentado varias veces.

José Madinaveitia no se apartó ya de mí. Me tutelaba políticamente. El organizaba los mítines de las zonas fabriles y mineras de Vizcaya en las que yo debía participar. Barruntando mis desahogos, me hacía adivinar los desahogos, me hacía adivinar los desahogos, me hacía adivinar los desahogos...

Partes oficiales de guerra

Sin novedad

EJERCITO DE TIERRA

La actividad registrada en los distintos frentes no ofrece novedades de interés.

LA SITUACION INTERNACIONAL, VISTA POR LA PRENSA MADRILEÑA

Madrid. — «Hoy día de Madrid»: «Las conversaciones de París, a pesar de todos los pesares, arrojan un balance favorable a nuestra causa. Las democracias comienzan a comprender cuál es su deber.»

«Informaciones»: «Chamberlain y Daladier habrán de presentar ante sus Parlamentos respectivos a explicar las soluciones propuestas. Mala situación la de ambos jefes de Gobierno. La dimisión de Daladier hubiera sido fulminante después del veto del Partido Socialista; pero se ha aplazado ante el planteamiento de la huelga, durante la que no puede abandonar el poder. Si las democracias no invocan desórdenes, es difícil mantener algún tiempo más en el Poder. Al presidente de la República sólo le quedan esas soluciones: o forma un Gobierno de Unión Nacional, en el que participen todos los sectores antifascistas, o disuelve la Cámara. En Inglaterra parece inminente la candidatura a la espinosa Alianza del desahogado entre la diplomacia europea, y las elecciones no se tardarán a superar la realidad, que es y seguirá siendo la misma hasta el total aplastamiento del fascismo.»

«Claridad»: «No parece fácil que el Gobierno francés pueda escapar el temporal. La jornada del 30 es de las que se anuncian con caracteres de catástrofe irremediable para el Gobierno Daladier.»

«C N T»: «Ningún antifascista puede dejar de comprender y valorar el alcance del movimiento obrero francés, que con pretexto de la protesta contra los decretos leyes, ha de derrocar una situación política de innegable orientación antidemocrática.»

NOTAS

La veta jocunda de Miaja

Por unas puertas salían los paños y por la principal entraban las preocupaciones. El palacio de Buenavista, con su intimidad nerviosa y atragada, era lo menos parecido posible a un centro de trabajo. Muchos años adistados y contactos pulso serenos. Acaso en alguna cámara escondida un militar, un poco pálido, hacía esfuerzos para desahogarse y seguir contando las posibilidades de resistencia. Quien no quisiera desahogarse demasiado, tenía necesariamente que alejarse de aquel ambiente. Con los últimos camiones que enfilaban la carretera de Levante, interceptada por controles trasgueros que no reconocían jerarquías, pronto a argumentar con los fueles, podía creerse que se habían ido las últimas energías. Por toda contestación a comunicaciones dramáticas se obtenía de Buenavista, unas respuestas desahogadas, mortecinas, escepticas, algo así como:

«Maga usted lo que pueda, y si no puede nada, lo que le venga en gana». Después de todo, ¿qué podían decir aquellos hombres que conocían el secreto de la indecisión en que Madrid quedaba? Ya habían bastante bien atendido a los teléfonos y no salían, convencidos como estaban de la inutilidad de «sacrificarse» a la zaga de los camiones que partían para Valencia conduciendo la documentación del Ministerio. El que los teléfonos funcionaran era signo de vitalidad. Principio querían las cosas. Funcionaban, pero ¿qué? Para la transmisión de una orden apremiante, es llamado a uno de los puestos de mando de la Guerra, el Cuartel General, el Estado Mayor, no se sabía bien quién hablaba, pero, desde luego, la República. El tejano interlocutor, atropellado con su condición de capitán de la Guardia civil, preguntó sarcástico: «¿Todavía estás ahí? Daos prisa, que mañana será tarde. Entraremos de una hora a otra y, con el tiempo justo para apuntar vuestros nombres, os entregaremos al piquete». Terminó con un viva y cortó la comunicación. Había para asomarse a la ventana, buscando comprobar si el aviso no había llegado demasiado tarde. Se comprendió bien que Miaja, a vueltas con el sobre confundido que le habían entregado, no supiese qué hacer. Era, para un militar que tenía ante sí aquel espectáculo de desahogado y evaluación oficial, el auténtico filtro envenenado. El mismo trastuqueo de los sobres, no valía como visto recurso de drama romántico? Sólo Miaja, por su naturaleza, que nacer en Oviedo y haber el primer aprendizaje en la Escandalaria era no pequeña ayuda para ciertos trances, no pensó en una pueril añagaza de la causa trampa del romanticismo, y tras desahogar el equívoco y conocer el encargo que se le encomendaba, se hizo, por educación de obediencia militar y antecedente adecano, una mueca de filosofía popular: «¿Quiéndonos se la da, San Pedro se la bendiga». Para mirar a la muerte tan de cara había falta algo resistente en que apoyarse. Y Miaja buscó sostén, intuitivamente, que no por deliberación, en el espíritu zumbón de su tierra nativa, que le autorizaba en todo momento a esconderse en la trinchera de un cuento o de una anécdota que él era el primero en rir congetivamente. La noche en que Miaja conoció el contenido de la carta en que se le encomendaba la defensa de la capital y se le instruyó sobre el modo de evaluarla en caso de necesidad, el parte oficial, esperado con ansiedad nerviosa en Madrid, se retrasó por encima de toda tolerancia.

La radio nos calentaba la memoria con un inabarcable repertorio de música de baile. Augusto sudaba su parte. Lo carpintaba desahogado, para poder, al leerlo ante el micrófono, flirtear bien las notas del optimismo. En cuanto a la exactitud, ¿es que también había que ser exacto? El parte hecho, faltaba obtener la aprobación del general. A buscarlo, Miaja no le había todavía, como le sucedía hoy, el edificio que ocupaba. Estaba en Buenavista; pero el palacio no se recorda en una hora. Cuando se le descubrió estaba acabando de cenar. Miró el parte con manifiesto regocijo y se echó a reír. «Mentirás. Mentirás que, por inaceptable que la cosa pareciera en aquel día y en los siguientes, iban a ser verdades ejemplares y luminosas. ¡Qué bien leyo aquella noche Augusto sus mentiras! Su voz tenía un trémolo optimista y caliente, y dudo yo que ningún otro parte adquiriese, al difundirse por la radio, la veracidad de aquel. Si lo escuchó el adversario, y cabe presumir que lo escuchó, debió dudar de lo que era evidente: su proximidad a la Puerta del Sol. Sobre la carpintería de aquel parte, redactado ante sudores y leído con el énfasis de una romanza jubilosa, iba a hacer Madrid, buen oficial de grandes obras, una congnada a la historia: la defensa de lo imposible, su defensa. Para comenzar por modo paradójico, empezó por degradar al general que gobernaba los esfuerzos militares: el general Miaja sería un lo sucesivo Miaja a secas. Sus títulos y jerarquías militares ten-

Todo este pasado iba evocando yo mientras el diestro albañil tallaba el nicho en que acababan de dejar el cadáver de don Juan. «Recuerdo simple el de este varón ejemplar y la amistad de él llegó ya a través de la de Pepe. ¡Singular familia la de Madinaveitia, en la que no se sabe qué admirar más, si el poderío de la inteligencia, la magnanimidad del corazón o la sencillez de las costumbres! En el aspecto político esta familia es un caso típico de las familias vascas de tradición liberal, en las que los hombres son ganados por las ideas más avanzadas de su respectiva época, en tanto que las mujeres, dominadissimas por la Iglesia, llegan hasta el fanatismo. Pero en los Madinaveitia varones el ateísmo aparece imbuído por un profundo espíritu religioso que purifica sus almas.

El entierro de don Juan, en Barcelona, ha ofrecido vigoroso contraste con el de José, en Bilbao. Tras el cadáver de don Juan, conducido en un furgón sanitario, han ido solamente sus hijos y nietos, a quienes por descendencia familiar hemos acompañado dos amigos. El ilustre médico tenía decretada la exención de toda pompa en sus exequias. «Que cada cual siga en su labor; que nadie interrumpa el trabajo por acompañar mi cadáver», había dicho reiteradamente. José, por ahorrar sufrimientos al pueblo, mostrábase indiferente a la religión, cediendo a las insistencias y horras súplicas y admitió que un sacerdote le

Después de la inhibición del asunto español en las conversaciones recientemente celebradas en París, parece que nuestra guerra toma un nuevo y beneficioso enfoque en el área internacional. Va saliendo de las manos de los gobiernos, de los que sólo hemos recibido agravios, injusticias que nos costaron mucha sangre y desahogadas equivalentes a los más crueles atropellos al Derecho, para entrar en las manos de los trabajadores.

En efecto, el enemigo quiso que, lo que, de producirse, no debió pasar de una cuartelada, se convirtiera en una guerra internacional sobre nuestro suelo. En España se alaron la reacción, el totalitarismo y el capitalismo internacional. Lucha de clases, pues, para los trabajadores, en el fondo, ante la cual nuestro pueblo lucha para conseguir la premisa indispensable de su independencia.

¿Qué nos hicieron los gobiernos extranjeros? Agredirnos e inculparnos, unos; tolerarlo, otros. Y pretender asfixiarnos con la No Intervención. Negarnos toda derecho a lo que no podía discutirse: la compra con nuestro dinero del material necesario para nuestra defensa. Enemigos los gobiernos fascistas y enemigos también los titulados democráticos, quizá más peligrosos porque no podíamos defendernos de sus ataques.

Los trabajadores no acataban a unirse. El fracaso de la tentativa de ingreso en la F. S. I. de los Sindicatos socialistas en Oslo benefició extraordinariamente a nuestros enemigos sociales. Mas, al fin, tarde y con daño, el proletariado va abriendo los ojos y dándose cuenta de que en España se juega su suerte. Venecia el fascismo en España y la clase trabajadora mundial habría perdido la más decisiva batalla. Lustrados de opresión se abrirían para ella por doquier. Cuando existe de vi-

vo, democrático y progresivo, estorbo en trances de liquidación. Nuestra lucha dice al mundo que es posible combatir al enemigo, con menos armas, con menos dinero, con menos pan, si se tiene moral de victoria. Y algo más aún: que el enemigo de clase, el enemigo de la libertad, no es invencible. Y que el día en que se empiece el grito de unión lanzado por Marx, el mundo será para los trabajadores. Contra esta luz, la lucha de la burguesía, todo el poder del capitalismo, lo mismo el totalitario que el democrático, y unos por acción y otros por omisión, procuran ahogarnos.

Como meros maldos, hemos de quedarnos con este. Razones de tipo geográfico lo abonan y fijan las alianzas.

Más siempre confiamos en los pueblos. Los sabemos divorciados de la política y de los intereses de sus gobernantes actuales. No podemos odiar a Italia y a Alemania, sino a los que las rigen, que son a la vez sus verdugos. No podemos culpar a los pueblos ingenuos y franceses de sus deserciones, sino a quienes los gobiernan. Los pueblos democráticos se levantan ya. Han visto que el camino de las claudicaciones por temor a la guerra conduce a la guerra. Saben que cuando ésta convenga a los intereses del capitalismo, no dudarán en lanzar a la muerte a millones de hombres. Francia es un volcán. El capitalismo ha tomado la ofensiva. Signo de ella son los decretos-leyes promulgados por los genuinos representantes de la plutocracia en el gobierno. Las conquistas obreras se ven en riesgo de desaparición. Y cuando el proletariado protesta, el señor Daladier, convertido internamente en ministro de la Contrarrevolución, lanza a la política contra las masas, utilizando incluso los gases lacrimógenos.

Las huestes de Francia merecen gratitud de Francia. Ellas son orden, historia, dignidad y paz. Si Francia se salva del abismo en que la hundieron sus gobernantes, será por ese despertar de sus masas laboriosas. El desorden lo hacen sus gobernantes, que arrastran al país hacia el abismo y el caos social. El proletariado despierta. La gran prensa burguesa ha estado engañando meses y meses sobre el significado de la lucha en España. Ahora ya sabe que hay una coincidencia plena de intereses de clase entre los republicanos que salieron con España, a Francia y los obreros que el miércoles van a parar durante veinticuatro horas en un número cercano a los diez millones.

Es ese proletariado mundial que nos envía sus presentes y que se lanza a la calle contra sus enemigos el que mueva los gobiernos y el que se opona a que le concedan a Franco la beigeirancia. Es el que no quiere un nuevo Munich y ha impedido a los conferenciarios de París que consiguieran su máxima fechoría entregando a España al hambre y al bliqueo. Es el que se alza en las calles de París y que habla por boca de sus líderes y por la energía de su propia acción.

La Internacional Obrera Socialista y la Federación Sindical Internacional acaban de aprobar unas resoluciones que han enviado a todos los gobiernos en defensa de España republicana. Ahí, en esos grandes núcleos de productores, es donde hemos colocado nuestra esperanza. En su solidaridad para con nosotros en hacer suyas, como nosotros la hacemos la I. O. S. y la F. S. I., las demandas que el Gobierno español estaba formulando donde hace tanto tiempo. ¿Tarde? Si

El obispo de Palencia está "negro"

Según informaciones de la zona fasciosa, el obispo de Palencia ha dirigido a sus diócesanos una circular en la que hay el párrafo siguiente: «Me dicen que no pocas muchachas de muchas regiones liberadas fuman públicamente en pastos y bares y comprometen a los muchachos que las convidan a merendar y a beber bebidas fuertes y se burlan de los que, por decencia, no quieren tratos con ellas, y andan por pasos, lo mismo solitarios que frecuentados, del brazo de muchachos extranjeros y nacionales, con gestos y posturas que escandalizan, y se atreven a profanar los hospitales de nuestros bizarros enfermos y heridos con sus potingues, caretas y afanes captadores en el templo de Dios y en los esparterios de Jesús, con sus desmueses de brazos y prendas ceñidas, y que las madres, cuando no son las inductoras con su propia mal ejemplo, están acobardadas ante esas tiranías domésticas, y me dicen, en cuanto a atrevimientos femeninos, lo que no se puede estampar en un papel blanco.»

